

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8202

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7:50 id.—Extranjero, tres meses, 11:25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 16 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro. La Redacción no responde al pago de los anuncios, remitidos y comunicados. Se reserva el derecho de no publicar lo que, a juicio de la Redacción, sea de dudosa utilidad. Corresponsales en París E. A. Lottite, rue Caumartin, 6. Mr. J. Jones, Faubourg Montmartre, 31. y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 188.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIEBANS.

Sábado 9 de Marzo de 1889

MORALEJA

Alfredo Viado
Aborreció de muerte el chocolate
Y tomó el vicio de chuparse el dedo
Que lo llegó a tener como un tomate.
Viendo yo al pobre padre sin paciencia
Le recomendé «EL BARCO DE VALENCIA»
Y el mes me escribe el padre, que Alfredo
Perdiendo el vicio que tenía,
Ha vuelto a recobrar el apetito.

Esto prueba, lector, por vida mía,
Que aquel que no ha probado la excelencia
De las pastas de «EL BARCO DE VALENCIA»
Es hijo que se está chupando el dedo
Igual que le pasaba al niño Alfredo.

Los café empacquetados y tes de la gran
fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido
la única medalla de plata en la Exposición
Universal de Barcelona, y los chocolates
la única medalla de oro.

Representante para las ventas al por mayor
en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez
Risuño, 3, Caridad, Cartagena.

POSTRE DEL DIA BIZCOCHO «PERAL»

En las principales confiterías.

ECOS DE MADRID

8 de Marzo de 1889.

Comenzó el Carnaval con una granizada
y un frío más propio de la Siberia que de
una villa de España. Pero las nubes aburridas
al percibirse de la poca gracia de las máscaras
se alejaron, lució el sol y el Carnaval
ha podido ofrecer grata solaz a los buenos
moderados al mismo tiempo que alguna
que otra pulmonía.

Lo más notable que nos ha ofrecido este
breve imperio de la careta ha sido
la comparsa del higuil. Ya saben los lectores
que este espectáculo se reduce a un
enmascarado provisto de un largo palo en
cuya estremidad hay atada una cuerda de
la que pende un higo. El protagonista de
esta delicada y artística función, que debió
inventarse en tiempo de Matusalém y que
la estupidez humana ha conservado a través
de los siglos, sostiene el palo con la
mano izquierda y da en él con un palito
que tiene en la derecha continuos golpes que
hacen bailar al higo una tarantela en torno
de las tibias bocas de multitud de desafortunados
chicos que aspiran a comerse el
dodiciendo fruto.

Al higuil al higuil con la mano no,
con la boca sí dice el actor en medio de
las carcajadas de la multitud.

Esta distracción había sido relegada en
los últimos años a la quinta de poca más o
menos, pero en estos días, gracias a los
de la Asociación, siguiendo la moda que
está por lo antiguo, han ennoblecido dignamente
así un espectáculo que se había rebajado.

Cuatro bailarines con escobas en ristre,
abrieron la marcha. Detrás iba un pollino
con un señor vestido de higos. A continuación
seguían enmascarados rodeados de
un conjunto de músicos ejecutando la farsa
del higuil. Una vez que se concluyeron de
organizar el espectáculo.

Y claro! como los del Mago ostentaban
rims helados de chocolate y galletas de las mejores
marcas, las miradas se fijaban en ellos
y cuando se retiraron la fiada de hacer
pajar se hizo falo al niño rey y a las
inhabilitadas.

Por lo demás, nada notable.

En cambio hemos presenciado un espectáculo
impropio de una ciudad culta; un espectáculo a la vez triste y repugnante.

Por esas calles, plazas y pasos bullian
numerosas cuadrillas de mendigos, de atezadas
rostros, más o menos lisados, estos cojos,
aquellos mancos, los de más allá ciegos,
mostrando unos llagas asquerosas, ostentando
otros imperfecciones repugnantes: todos vestidos
con pantalones blancos, enaguas o camisas
femeniles blancas y adornada la cabeza con
cintas de colores o flores de trapo.

Algunos, también vestidos del mismo modo
sobre poco más o menos, estaban aislados,
ó delante de una puerta ó en las cercanías
de un templo murmurando con plañidera voz:

Una limosna por el amor de Dios, que
no lo puedo ganar.

Los de las cuadrillas pedían con una
sistencia poco tranquilizadora.

¿Puede darse un espectáculo más indigno
de una capital civilizada?

¡La pobreza disfrazada de máscara para
implorar la caridad!

Todas estas cuadrillas han tenido que
pagar al Ayuntamiento una cantidad para
obtener el permiso de recorrer las calles,
afear la población y molestar al vecindario.

Bien podría privarse el municipio de este
arbitrio que representa un retroceso y una
vergüenza.

Al mismo tiempo que presenciábamos
este espectáculo de la miseria alegre, nos
anunciaban los periódicos las pingües ganancias
que ha obtenido el Banco de España y nos
citaban a los mayores accionistas, unos
caballeros y unas señoras que cuentan su
fortuna por millones de duros.

Estas noticias consuelan: por lo menos
sabe uno que hay algunos españoles que
no corren peligro de morir de hambre.

La novela patibularia sigue emocionándonos.
El inglés que se suicidó en el momento que
la policía trataba de apoderarse de su persona.
El crimen de Carabanchel que nos ha
descubierto muchas familias que no saben
por donde andan sus hijos, pero que todavía
tiene ocultos a los criminales. Un corneta
que mata a un soldado porque han disputado
sobre cual de los dos habla con más pureza
el castellano. Todos estos episodios han sido
saboreados por los lectores, y no extraño
que el obispo de Madrid haya creído conveniente
expresar que esas lecturas son gérmenes de
nuevas novelas de la misma índole.

Pero como compensación de todo esto,
ahí tenemos al ilustre Peral, que está a
punto de alcanzar el premio de sus desvelos
y de hacer una vez más glorioso el nombre
de nuestra madre patria.

Julio Nombela.

Varietades

Rela C. al amigo K
y con estilo sencillo,
el muy pedazo de pijo
ó todos otros da.

El con la X se apadrina
en obsequio a su acomodo;
pero por ineterse en todo,
al rival, en forma fina,
da nuestra candidatura
para apadrinarlo a él;
¡ni el mismísimo Luzbel
hiciera mayor diablura!

Nosotras, tres señoritas
que apenas deletreamos
con franqueza declaramos
que no somos eruditas.

En Don C, por la discreta
forma de decir las cosas
se ve que no admite prosas
su genio audaz de poeta:

Como se ve en la cautela
de hacernos su apología,
que se le murió su tía
y se le murió su abuela.

Nosotras, al fin chiquillas,
si el reto toma tal vuelo
que hay sangre, con descosuelo
hincándonos de rodillas,

Pediremos al Eterno
que en las alturas está
salga a flote nuestro K
aunque C vaya al infierno.

Mas si el duelo es á charadas,
Actá no habrá en este lance;
aceptan todo su alcance
X mas iluminadas.

En su vista, galló y galló
salgan al campo de honor
y batallen con ardór
hasta escuchar nuestro fallo.

Las Iluminadas

—(o)—

AL SR. DE J.

Poeta y escritor esclarecido
es listo con modestia y sin encono
y de esta Sociedad siempre querido,
con bellas formas y esquisito tono
pide un favor á todas mis hermanas
que en su nombre conceda desde el trono.

Por la X,
P. R.

Solucion a la charada del número anterior.

ESTOQUE

Charada

Carminaba hacia mi todo
Con Felipa y sus papás;
Prima cuarta Telesfora
Niña tres dós de verdad,
Y exclamé segunda novés
Ya no doy un paso más.

EL FRAC.

Quando comenzaron a soplar los vientos
revolucionarios que iniciaron la transformación
de la sociedad en los primeros años de la
tercera que terminará ya pronto, la
casaca que los ostentosos labradores de los
aparceros y cortesanos señores del XVIII
comprendió que había pasado su
tempo.
Poco a poco con su ideal igualitario
que comenzaban a sentir en sus pechos
la aparatosa vestimenta de brillantes colores
y delicadísimo bordados que reproducían en
vistosos colores una fauna y una flora que dejaban
mucho que desear a la de los pedacitos de Manila
que se lucen en verbenas y bailes de máscaras?

Se comenzó por hacer más pacura al bolor,
por disminuir los bordados y se continuó
suprimiendo estos por completo, recogiendo los
faldones y cerrando las solapas hasta que al
fin, de la casaca, prenda señorial de los siglos
XVII, nació el frac, prenda igualitaria
de que ha hecho un traje de gala la
clase media del siglo XIX.

La casaca no se sometió sin resistir a
estas transformaciones; el frac de los necesarios
fue una extravagancia con la que quiso
vengarse de su derrota; la casaca. Más serio el
frac azul con botón dorado que adaptaron los
miembros del Directorio francés, logró consolidarse,
y ha sido entre los fracs de color el
que más celebridad ha alcanzado.

El frac de color de paso ó de color de anís
que nos recuerda las comedias de Moratin,
fue la prenda preferida de las personas serias
y arrepladitas; es la representación de un tipo
social que abundó mucho en los primeros
años del siglo. Como el señor don X, que
añorando las tradiciones, tenía sin embargo
buen sentido para comprender que no había
más remedio que transigir, porque el tiempo
no corría en vano y los sucesos no se desca-
daban ininterrumpidamente.

Pero el frac de color, célebre por excelencia,
es el frac azul con botón dorado; el
de color corinto de café, de castaña de pasa,
es el de los clásicos, el azul el de los románticos.

Le vimos a Luperón cuando fue presidente
de la república francesa; y le vimos con
elegancia los propagadores del federalismo.

El frac oscuro fue el compañero de la
póliza de color rojo, del monumental pañuelo
de seda, de cuadros oscuros, azules y
blancos, de la caja de rapé, de las zapatillas
con armadura de oro.

El frac azul turquí, se llevó con la larga
meleta romántica hasta los hombros, con el
bigote y la perilla que se usaba en recuerdo
de las alfilerosas cortes de los Austrias.
Fue la prenda de Espinosa y de Bertrán,
la que cubrió en su juventud el cuerpo de Borbón
la que marcó los contornos de la gallarda figura
del duque de Rivas, militar valiente, poeta
inspirado y diplomático distinguido; la que
paseó con exquisita distinción por los salones
Martínez de la Rúa.

El frac azul de los oficiales de la
Guardia real, el azul usado por Fernando
de Córdoba, en la militar, y el azul en lo
civil, llevan una época intercesante de
nuestra historia contemporánea.

El frac rojo es una prenda inglesa exótica
entre nosotros; es el color engrasado; sólo
hemos tenido como clásica y racional la capa
de grana, compañera del sombrero de tres
picos, de que nos habló tan galanamente
Alarcón.

Hay que decir que el frac rojo es elegante,
rompiendo la monotonía de la vestimenta
negra y resaltando en medio de los
variados tonos de los trajes de las señoras,
hacia un brillante efecto en el baile que
se celebró el domingo en el palacio de los
duques de Fernán-Núñez, y del que habló ayer
en este mismo sitio.

Pero todo su elegancia se pierde la tradición
de la moda antigua, que ha sido
con un aire de gracia y que va dando a las
vestimentas un carácter más humano. Un frac azul
de la casa de la Vega a García
de la Vega que saliera a recibir los aplausos
que el público entusiasmado tributaba al
Trovador.

Con el frac azul se nos presentará el título
muchos de los personajes que volverán del
Vireno López y Esquivel, y no podemos
que copiar al comenzar su carrera Federico
Madrazo y Carlos Luis de Ribera.